

En torno del petróleo: por una consulta democrática

De cuando en cuando las sociedades se ven confrontadas por dilemas que son imposibles de eludir. Ocasionalmente, la solución de las divergencias puede tomar el camino de la guerra civil o la revolución armada, sendas siempre gravosas y provocadoras de sufrimientos sin fin para los pueblos. Para evitar estos extremos, han surgido y se recrean constantemente instrumentos y mecanismos democráticos merced a los cuales pueda arribarse a resultantes que expresen hasta donde sea posible el supremo interés general de las colectividades.

Nuestro país tal vez se encuentra ahora en una de esas encrucijadas en torno al manejo y destino que tendrán los recursos petroleros, la principal de las riquezas económicas con las que cuenta la nación. Desde sus inicios a principios del pasado siglo, la industria petrolera fue a la vez una poderosa fuente de acumulación de capitales y de graves desafíos al propio estado mexicano. Las empresas extranjeras que explotaron los yacimientos hasta 1938 formaron poderosos enclaves sustraídos en gran medida a las leyes mexicanas, al tiempo que transferían sus cuantiosas ganancias a sus países de origen, dejando poco menos que migajas en el nuestro. Estos hechos, por más que hayan pasado el tiempo y actuado las campañas desinformativas, no pueden olvidarse. Tampoco se pueden borrar de la memoria las generosas y dilapidadoras ventas que el gobierno mexicano ha hecho del patrimonio público a particulares privilegiados, tanto extranjeros como nacionales, algunos de los cuales han podido así hacerse de fortunas

que compiten con las mayores del mundo, mientras casi la mitad de los habitantes se debaten en la pobreza extrema. De la misma forma, no puede hacerse caso omiso de la disputa mundial que hoy se libera en torno a los hidrocarburos, en la que las grandes empresas transnacionales, avaladas y protegidas por el imperialismo, buscan someter a las naciones poseedoras de estos recursos.

Se dice que Petróleos Mexicanos carece de la tecnología indispensable para aumentar sus extracciones localizando nuevos yacimientos y también para procesar el crudo en refinerías imposibles de construir. Como solución mágica y que siempre ha estado a la mano, la iniciativa presidencial busca abrir la empresa paraestatal al capital privado, justamente en el momento en que aquella tiene —desde hace varios años— las mayores ganancias de su historia, excedentes en ingresos que nunca se contabilizaron y tal vez ni siquiera se imaginaron.

Todos estos hechos han levantado un debate nacional sobre el petróleo que debe convertirse en una consulta real y profunda en la que todos participemos y de manera relevante las universidades e instituciones de enseñanza e investigación. No puede aceptarse una legislación armada entre conciliábulos y arreglos de dos o tres líderes parlamentarios. Es demasiado grave esta cuestión de política pública para dejarla en manos exclusivas de los políticos profesionales. Estudiemos, reflexionemos y opinemos, en una buena medida el futuro del país está en juego.